

**ES NECESARIA UNA NUEVA
ACTITUD ÉTICA EN EL MUNDO**

Carlos de la Isla

ES NECESARIA UNA NUEVA ACTITUD ÉTICA EN EL MUNDO

¿Cuántas agresiones más a la Ética serán necesarias para que el mundo se percate de la necesidad de la Ética?

Se está haciendo universal e insistente el clamor que demanda una nueva actitud ética como la única y urgente solución a los graves problemas del mundo. En casi todos los campos de la actividad humana se está agudizando un estado de riesgo y de cercanía a los límites de tolerancia.

Es muy significativo el grito patético de Boutros B. Ghali en la primera semana internacional sobre desarrollo: “Es necesario un nuevo contrato social.” De inmediato justifica su alarmante afirmación: mil trescientos millones de personas en el mundo viven en pobreza extrema y otros mil quinientos millones viven en condiciones infrahumanas. Y no se refería exclusivamente a la vergüenza del hambre en el mundo, sino a todos los factores perversos de la trama social: la sobreexplotación del planeta por la demanda insaciable del mercado, la injusta distribución de los recursos naturales, la hiriente diferencia del poder de las naciones, las políticas impositivas globales que suponen el sometimiento y sacrificio de los más débiles...

Por todo esto es necesario un nuevo contrato social, una nueva actitud ética que modifique radicalmente estas estructuras que han violado las condiciones implícitas o explícitas de un contrato social construido sobre los supuestos de dignidad, igualdad y libertad de todos los seres humanos.

Está demostrado que los recursos existentes en el planeta son suficientes, más que suficientes para una vida digna de todos los habitantes, pero las patologías del poder, las ideologías de dominación, las aberraciones hedonistas producen los insensatos extremos de la abundancia y de la muerte.

De esa neurosis del poder que coloca junto a millones de armas a trillones de hambrientos se deriva “La ciencia ficción de la defensa y sus consecuencias”, derroche impresionante de recursos, como dice Melman, empleados en la producción de armas químicas, bacteriológicas, atómicas . . . muchísimas de las cuales se sabe que nunca serán empleadas y que ahora, su mínima eliminación constituye un gran problema de riesgosa contaminación ecológica.

La dependencia económica se ha convertido en la estrategia más efectiva de dominación; bien se ha dicho que la deuda pública es la esclavitud de los débiles. Es el mejor instrumento para mantener a los países pobres del Sur (tautología enfática) en la situación de necesidad y de incondicionalidad para que cumplan su misión de consumidores en el gran mercado, proveedores de materias primas y de mano de obra (mercancía) baratas.

Necesitan los excedentes del Norte campos fértiles, países deficitarios para la inversión especulativa de altos intereses, o productiva pero que finalmente enriquece más a los más ricos y empobrece más a los más pobres.

En el presente desorden financiero internacional, otra vez, los pocos que tienen casi todas las armas del poder económico han establecido lo que algunos han llamado, sin eufemismos, la dictadura internacional del dinero.

Esta modalidad de la economía internacional, que aparece bajo los disfraces románticos de la “unión planetaria”, “el fin de la historia turbulenta”, “la economía de la aldea global”; en los hechos, como toda dictadura inmisericorde se impone no sólo en el ámbito económico, político, cultural, sino que también debilita o destruye la identidad y la soberanía nacionales. ¿Qué decir de la burbuja especulativa que más que burbuja se ha convertido en un globo terráqueo inflado artificialmente con reportes financieros ficticios, con demandas fraudulentas, con mecanismos técnicos de manipulación que sólo buscan lucrar, lucrar a toda costa sin tener en consideración el terrible daño que causan a los países débiles, arrastrados por el torbellino de la globalización.

Por otra parte; como lo demuestra la historia, el mercado libre, cuando ejerce su “libertad” entre desiguales, entre poderosos y débiles esa libertad se convierte en abusiva y opresora tanto en los mercados domésticos como en los internacionales.

Los factores perversos que causan los más graves problemas del mundo se generan y reproducen con poderosa fecundidad: La patología del poder político y económico engendra el absurdo del armamentismo y el hambre, la injusticia social patente en las hirientes diferencias de clases y naciones engendra el odio, el odio que ha invadido todos los rincones de la tierra engendra la violencia de todos los tamaños, de todas las crueldades, de todos los fanatismos; violencia que a su vez genera el ejército y las armas para combatirla. Y así se integra el círculo vicioso de las generaciones perversas que a su vez contiene actitudes de conformismo mediocre, de hedonismo egoísta, de escapes drogadictos, de irracionalismo autodestructivo, de autocomplacencia erótica y consumista...

La historia reciente parece manifestar que cuando han sido interrogadas la ciencia y la técnica sociales, políticas y económicas sus respuestas no han resuelto los problemas y en ocasiones los han empeorado. El análisis de los últimos veinte años del gobierno y de la clase dirigente formados por un gran número de científicos y técnicos prueba que las cosas empeoran en cuanto a los criterios cuantitativos y cualitativos más sensibles de evaluación. Ante estos resultados ¿por qué no auscultar en esa otra dimensión humana que ha sido tan olvidada y ofendida, el campo de la conciencia moral?

“La conciencia moral a la que tantos insensatos han ofendido y de la que tantos más han renegado siempre ha existido. No es un invento de los filósofos del cuaternario”, dice el distinguido escritor portugués José Saramago en su *Ensayo sobre la ceguera* donde describe una ceguera que se instala como enfermedad contagiosa muy semejante a la invidencia social contaminada. ¿Por qué no auscultar en esa zona nebulosa inexplorada, en la *terra incognita* del ámbito de la vida que sugiere Bergson, ya que el predominio de la materia, el imperialismo del dinero y de la técnica nos han conducido frenéticamente a esta situación de riesgo? ¿Por qué no consultar el juicio, sentencia y orientación de ese “juez insobornable que es la conciencia mientras no ha sido pervertida” (H. Balzac).

Resulta ineludible interrogar a la Ética en busca de luces, caminos y soluciones:

¿Qué dice la Ética de la justicia en México frente al drama creciente de los pobres y extremadamente pobres frente al reducido número de ricos y extremadamente ricos?

¿Qué dirá la Ética de las pocas familias dueñas de México (sean trescientas o no), de los pocos grupos financieros (sean veinte o no), de los multimillonarios mexicanos que aparecen en las listas de los hombres más ricos del mundo?

¿Qué dirá la Ética de esos capitales que toman el vuelo ante cualquier temor, rumor o incertidumbre para descansar, congelados, en los bancos de Suiza o New York cuando el gobierno está rogando y privilegiando las inversiones extranjeras?

La conciencia moral, si no ha sido pervertida, declara enfáticamente que los capitales hechos con recursos mexicanos y con trabajo, con frecuencia mal pagado, de mexicanos debe invertirse en México, aunque su inversión fuera arriesgada. Pero lo más condenable es cuando se ponen alas a los capitales sabiendo que en México, desde hace muchos años, hay más protección y seguridad para el dinero que para las personas.

La conciencia moral condena con energía el uso individualista de la riqueza que pertenece a México y que su fuga ha causado muertes, angustia y desesperación; efectos que se continúan reproduciendo en las políticas económicas que emplean los miles de millones de dólares producidos con sacrificio y que debieran destinarse al rescate de los más necesitados y que, sin embargo, se destinan a las correcciones y recuperaciones interminables de un sistema financiero plagado de debilidades, de irregularidades y fraudes.

Si a estas cantidades se suman las increíbles erogaciones por el pago del interés de las deudas pública y privada, las altas “remuneraciones” a los altos funcionarios, las partidas secretas, las fuertes cantidades asignadas a los partidos políticos y a las instituciones electorales (como si la democracia se comprara con dinero), la generosa autoasignación salarial de los representantes del Congreso (tantas veces faltistas y de actitudes decepcionantes), las partidas, las fuertes partidas supuestamente con fines redistributivos y con frecuencia corruptamente administradas, las cuantiosas asignaciones para el fortalecimiento técnico y numérico del ejército... ¿qué queda en nuestro país para destinar a la salud, a la educación, a la atención más elemental de los más urgidos de ayuda que permanecen marginados y olvidados porque su debilidad no les permite levantar la voz o presionar al “orden establecido” (salvo en algunas ocasiones)?

¿Qué dirá la Ética de aquellos mexicanos dueños de un capital producido con recursos y trabajos mexicanos que transfieren sus empresas a consorcios extranjeros por exclusivo beneficio personal cuando el país está tan necesitado de avanzar hacia cierta autosuficiencia o por lo menos evitar una mayor dependencia económica que repercute en la dependencia política y en pérdida de soberanía?

Y ¿qué decir de las ofensivas diferencias de salarios de los ejecutivos, siempre crecientes, y de trabajadores siempre decrecientes? La diferencia es especialmente reprobable si se piensa en que los trabajadores se ven obligados a aceptar salarios a veces miserables obligados por la necesidad.

Ésta es una de las actitudes más condenable de un sistema, cuando trata a las personas como mercancías y procura que esa mercancía sea abundante (ejército de desempleados) para bajar su precio en ese mercado donde “sube el precio de las cosas, baja el precio de los hombres” (E. Cardenal). Hay que repetirlo muchas veces: Un sistema que lucra con la necesidad de las personas y prefiere el dinero a la dignidad de los hombres es, por ese solo hecho, intrínsecamente perverso.

Es urgente interrogar a la justicia sobre la administración de la justicia. ¿Por qué tanta arbitrariedad, tantos prófugos banqueros y exbanqueros, políticos y expolíticos, tanta impunidad y temor de los ciudadanos de caer en manos de la “justicia”? ¿por qué las cárceles llenas de la miseria que provoca una sociedad increíblemente injusta?

¿Qué dirá la Ética sobre nuestro sistema político cuando sabemos que lo que legitima un régimen democrático no es tanto el respeto a la ley de la mayoría, sino que se proporcione a todos los ciudadanos la posibilidad de, por su trabajo, satisfacer sus necesidades básicas y su proyecto de vida?

¿Qué dirá la Ética de las universidades que no estudian Ética que no dan formación ética si son la conciencia crítica de la sociedad y saben muy bien que los más graves problemas de México y del mundo se deben a la corrupción, a las agresiones a la Ética? ¿No se hacen las universidades cómplices de los males existentes cuando en vez de dedicar más tiempo y más medios a la formación ética, al desarrollo de la imaginación, de la creatividad, de la invención se empeñan en reproducir teorías y actitudes que refuerzan el sistema dominante?

El juicio de la Ética reprobaría a las universidades que emplean el privilegio de su situación económica y cultural sólo para el provecho de los universitarios e ignoran el compromiso con esa parte sacrificada de la sociedad que hace posible la formación, la investigación y la docencia.

La Universidad tiene la obligación, desde el diálogo universitario, de denunciar y anunciar porque en esto consiste la construcción de la utopía creadora; debe denunciar las graves injusticias sociales adelantándose a las furiosas lecciones de la naturaleza o a las negras lecciones de los días negros de las finanzas internacionales que pusieron al desnudo a millones de los absolutamente desposeídos y a los pocos absolutamente privilegiados. La Universidad debe comprometerse con valores bien definidos, no sólo con el valor verdad que inspira la ciencia, sino también con la justicia, la igualdad, la libertad, la belleza...

¿Qué dirá la ética del poder de los media que como irresistible instrumento del poder económico se propone convertir al mundo en una gran carpa, mercado de marionetas manejadas por otras marionetas?

La contestación invariable al cúmulo de preguntas sobre asuntos tan graves ha sido que la causa siempre presente detrás de los más serios problemas del mundo es la corrupción, la agresión artera en contra de la Ética. Por eso se hace urgente un cambio radical de actitud ética en todos los ámbitos de la actividad humana; Ética de la responsabilidad política que ponga término a la manía del poder para emplear el poder en el logro del bien común, de la justicia social; Ética de la economía que abandone la obsesión del capitalismo como única opción y fin de la historia y acepte el reto de inventar modelos que hagan posible el progreso económico que implica crecimiento y distribución equitativa; Ética ecológica que ponga el límite urgente a la explotación irracional de los recursos naturales, a la destrucción de la casa común planetaria que los depredadores humanos han tratado como si fuera su propiedad desechable.

Urge un cambio radical de actitud ética en la empresa para poner en primera instancia el valor de la persona y para lograr la armonía entre los principios éticos y la eficiencia empresarial; Ética en los negocios de todos los tamaños que ponga fin a la especulación devastadora que conmociona al mundo, que ponga fin a la pasión salvaje del dinero contra el hombre.

Urge una Ética educativa que impulse al educando a comprometerse con su desarrollo personal, con su sociedad, y con su historia; que cultive el pensamiento crítico, la creatividad, la imaginación; urge una educación igualitaria y democrática sustentada en valores de responsabilidad, tolerancia y solidaridad.

Es urgente una nueva actitud que vincule la Ética con el conocimiento científico para que la ciencia deje de ser dominada por el impulso-poder y que el impulso-amor vuelva a ser el móvil del conocimiento como para aquellos griegos especialmente jónicos que sentían un ardiente deseo de conocer la naturaleza porque la amaban. Es importante, como juzgaron en reciente reunión científicos del mundo, que el poder del saber sea integrado y éticamente responsable.

Los científicos, los intelectuales, la *Intelligentia* están inevitablemente involucrados en la más aguda problemática del mundo. También es urgente un cambio de actitud de muchos de ellos que han sido el sostén intelectual de los intereses de la clase dominante cayendo con frecuencia en el servilismo.

Muchos y muy distinguidos filósofos de la sociedad coinciden en destacar como causa definitiva la concepción antropológica que conduce al hombre a comportarse como dueño y señor del universo. Esa concepción del hombre que Solyenitzin, después de hacer un largo listado de los vicios en los que ha incurrido la Civilización Occidental llama Humanismo Renacentista que exalta el valor y el poder del hombre ilimitadamente.

Es muy próxima a ésta la cosmovisión del Liberalismo que funda sobre la soberanía del hombre su Ética, su economía y su política: “Para aquello que no le atañe más que a él su independencia es, de hecho, absoluta; sobre sí mismo su cuerpo y su espíritu el individuo es soberano” (J. S. Mill, *Sobre la Libertad*).

Sabemos que los valores son los grandes bienes, los grandes amores, los verdaderos móviles de la existencia. El tamaño de un hombre está dado por el tamaño de los valores que lo mueven. Por eso en la concepción de Nietzsche el tránsito del hombre, de mosca de mercado, del hombre con joroba de camello al superhombre se da por la transformación de los valores del sometimiento a la dominación, de la humildad a la soberanía, de la simplicidad al orgullo, del “tu debes” al “yo quiero”.

¿Y qué valores ha creado el hombre de la soberanía ilimitada? El placer, el poder, el placer del poder, el poder del placer, el placer de tener (el poder del dinero). Lewis Mumford cuando señala el paso de la Eotecnia a la Paleotecnia (primera Revolución Industrial) expresa esta significativa afirmación: “los valores de la vida, fueron substituidos por los valores económicos”.

Es fácil comprender cómo de esta idea del hombre soberano que genera sus valores se siguen concepciones éticas que ciertamente también son causantes de los graves conflictos del mundo: “El hombre es la medida de todas las cosas” (Protágoras). El individuo puede mentir, robar y hasta matar, si es para su beneficio (Ética egoísta utilitarista). La libertad, la autonomía es la suprema instancia en las relaciones individuales y sociales (teoría libertaria). Bien y mal se identifican con placer, y dolor, felicidad o infelicidad (teoría liberal). El bien y el mal son relativos. Relativismo moral que en primer plano niega todo argumento ético y en última instancia conduce al nihilismo. Algunas líneas de la Postmodernidad caen en el relativismo extremo: “Todo vale por igual porque nada tiene valor objetivo.” El único valor defendible es la libertad.

Los más grandes filósofos desde los grandes griegos han pensado y expresado un hombre relacionado ontológicamente con el *Arjé*, con los demás hombres, con la naturaleza; un hombre penetrado de alteridad, necesitado de la totalidad, un hombre que siendo parte tiene ser y sentido en el todo.

De esta idea de hombre se deriva, una Ética bien diferente: para Platón lo bueno es lo que logra la armonía (alma y cuerpo) de acuerdo a la jerarquía de seres. (realidad en sí y por sí sobre la realidad en sí y por otro, el alma sobre el cuerpo). Para Aristóteles todo ser en cuanto ser es bueno y su bondad la toma, la recibe del Bueno (acto puro y principio de toda perfección). Así la bondad del ser y de su obrar está relacionada con la completud y plenitud del ser y de su naturaleza; bien es aquello a lo que el ser tiende en su búsqueda que en última instancia significa su felicidad, pero en todo momento está presente el carácter de dependencia y de la limitación de un hombre solidario y responsable con el todo ontológico al que pertenece. (Semejante relación a enorme distancia temporal y cultural es la que expresa el “ignorante” indio Seattle al “soberano” liberal presidente de los Estados Unidos de Norteamérica: “La tierra no pertenece al hombre, el hombre pertenece a la tierra.”)

En la época actual la defensa de los derechos humanos tiene también supuestos implícitos de objetividad y de universalidad, como son la dignidad que funda la igualdad y la libertad, derechos que son raíces esenciales de la persona. La teoría del igualitarismo tiene a su vez como fundamento la igualdad que proviene de la dignidad personal, por eso el sabio criterio de Rawls: “lo justo es distribuir a todos por igual y las diferencias sólo se justifican cuando son a favor de los más débiles”.

La correcta dimensionalidad del hombre, a la que se reduce el acierto antropológico, y la consecuente actitud ética y valorativa no son un asunto de mera postura o creencia filosóficas. Sin caer en percepciones catastrofistas se puede, tal vez se debe decir que es un asunto de vida o muerte. Como señala muy bien, a mi juicio, Leszek Kolakowsky: “La utopía de la perfecta autonomía del hombre y la esperanza de perfección ilimitada pueden ser los instrumentos más eficientes de suicidio que jamás haya inventado la cultura humana.”

Por su parte Jacques Attali en su reflexión sobre “El Milenio” cuando se refiere al abandono de la soberanía, y la necesidad de límites, señala: “El próximo milenio será magnífico o terrible dependiendo de nuestra habilidad para limitar nuestros sueños. No todo es, ni debe ser, posible. Debemos adquirir la sabiduría para abreviar nuestros sueños: traspasamos ciertos límites (éticos o biológicos) por nuestra cuenta y riesgo. Para poder crear una civilización que perdure, la humanidad debe reconciliarse de alguna manera con la naturaleza y con ella misma.”

Los nuevos visionarios ven la tierra como un todo orgánico indivisible, una entidad viva constituida por una miríada de formas de vida unidas en la comunidad. Tan sólo actuando en nombre de los intereses de la totalidad de la comunidad humana y biológica en lugar de hacerlo en nombre del propio interés personal, se dará la auténtica revolución de la esperanza, única opción frente a la ruta de la catástrofe, según E. Frömm. Y finalmente como dice José Saramago: “¿por qué, si han fracasado las revoluciones armadas de odio, por qué no intentar ahora la revolución de la bondad?”.